

RESEÑAS

SALVADOR ÁLVAREZ, *El indio y la sociedad colonial nortehña*.
Siglos XVI-XVIII, Durango, Universidad Juárez del Estado
de Durango, El Colegio de Michoacán, 2009, 310 pp. ISBN
9786070021206

No es raro que hoy en día, al tener entre manos un libro cuyo título sugiere una narrativa sobre los indios en la época colonial novohispana, el lector suponga que encontrará una serie de casos en que distintos individuos de etnicidades diversas ponen en marcha mecanismos de autoafirmación o de reconstitución de identidades a lo largo del tiempo. Después de todo, esta es una tendencia cada vez más generalizada en los estudios históricos en fechas recientes.

Sin embargo, el interés de Salvador Álvarez por ocuparse del indio histórico, del poblador de extensas porciones del territorio que los españoles encontraron a su paso desde los inicios de la conquista y ocupación de lo que después se convertiría en Nueva España, se inscribe en otra vertiente. Más que una vindicación política de la actualidad de las poblaciones indígenas, el texto de Álvarez es una compleja respuesta a la pregunta de

cómo se dio la interacción que a lo largo del tiempo sostuvieron los antiguos pobladores del norte novohispano y la sociedad colonial en su conjunto; es decir, qué es lo que hace posible que una sociedad se asiente y permanezca en su ocupación de un territorio. Ciertamente que la pregunta subyace en buen número de trabajos sobre este mismo tema, pero hasta ahora esa ha sido precisamente su función: subyacer, estar ahí. En cambio, Álvarez ha asumido el reto de responder a esta interrogante desde hace por lo menos dos décadas, como lo muestran los siete capítulos que integran este libro (publicados entre 1992-2009), en cuyas ediciones originales y en su adaptación para esta síntesis ha mostrado formas distintas pero complementarias para reflexionar sobre dicha duda.

Habría que decir, por principio de cuentas, que antes de sugerir respuestas para sus preguntas de investigación, Álvarez se ha formado una clara imagen de aquello que ha decidido estudiar: los indios que habitaron el norte y occidente del actual altiplano mexicano. Para ello desecha prejuicios que no ayudan a la comprensión de esta historia; no se trata de bárbaros o salvajes que lo mismo se ocupaban en la caza y recolección de alimentos que en hacer la guerra a quienes se acercaban a sus territorios tribales. Por el contrario, ha partido del principio de que se trata de culturas agrícolas, desposeídas de las estructuras políticas y sofisticación de “las altas civilizaciones de la Mesoamérica nuclear”, las cuales si bien complementaban su dieta con otras actividades, vivían de sus recursos locales según su densidad demográfica lo requería; el hecho fundamental, entonces, residiría en el balance que Álvarez reconoce entre el poblador y su medio. En la medida que este balance entre recursos materiales y humanos se acercó a niveles insostenibles conforme avanzaba la presencia española, las poblaciones indígenas tuvieron que recurrir a la violencia, lo que ganaría para el norte la fama de indios bravos e insumisos. Sin embargo, señala el autor, estas

poblaciones no eran “ni tan elementales y ‘bárbaras’, ni tan pequeñas y frágiles” (p. 26).

Es posible identificar en los textos de Salvador Álvarez la presencia de cinco ejes analíticos que, además de atravesar sus preocupaciones sobre la evolución en las relaciones entre indios y españoles, le sirven de vínculo entre las discusiones locales y el conjunto del septentrión novohispano: la precariedad de las estructuras políticas propias de los grupos indígenas del norte, la baja densidad demográfica de dichas sociedades, la importancia de la encomienda y el repartimiento de indios para el poblamiento del norte, la presencia permanente de formas de trabajo forzado, y la congregación de indios como clave para el sostenimiento de nuevas poblaciones.

Con este marco de referencia, *El indio y la sociedad colonial norteña* inicia una exposición cronológica de las continuidades y rupturas que en las formas locales de poblamiento trajo consigo la incorporación del indio al mundo novohispano. Desde luego, esta estructura del libro no se ajusta al orden en que los distintos ensayos fueron publicados originalmente por su autor, lo cual beneficia la secuencia analítica ya mencionada.

En los primeros dos capítulos, Álvarez se ocupa de las tensiones generadas por la expansión de los españoles hacia el occidente, en el área central de lo que sería la Nueva Galicia (cap. 1) y en la provincia de Chiametla (cap. 2). En estos escenarios, Álvarez plantea una de las grandes paradojas de las conquistas españolas en América: “luego de que las huestes españolas doblegaran, con gran facilidad aparente, a sociedades estatales de alta cultura [...] desde el momento en que se encontraron con sociedades menos estructuradas, e infinitamente inferiores en número a las primeras, la conquista se hizo mucho más lenta, sangrienta y difícil” (p. 7). En este punto, Álvarez sacude a sus lectores al situar en la base de esta paradoja y al lado de su explicación sobre el proceso de conquista de la Nueva Galicia, el contraste entre

las estructuras político-territoriales del occidente y centro de la Nueva España así como la densidad demográfica de ambas áreas. Una constante en la historia de las civilizaciones agrícolas de alta densidad demográfica dotadas de jerarquías y estructuras políticas supralocales, indica el autor, es la capacidad mostrada para adaptarse a nuevas formas de hegemonía de las que no logran deshacerse; eso habría sucedido en el centro de la Nueva España (pp. 29-35). Sin embargo, tales circunstancias habrían sido ajenas a la Nueva Galicia; por ello mismo, ante una rápida ofensiva militar que contaba con importantes contingentes de indios aliados provenientes de las zonas ya sometidas, aunada al rápido descenso de la población local, los habitantes de estas zonas no pudieron adaptarse a la presencia de los conquistadores. Simplemente eran incapaces “de sostener y absorber las enormes exacciones a las que los españoles los sometieron desde un principio”, lo cual se traduciría en respuestas violentas que posteriormente han sido confundidas en la historiografía (p. 44). En estos contextos, demuestra el autor, las presiones fiscales y la demanda de servicios personales no enfrentaron en guerra abierta a los españoles con grupos de “cazadores recolectores” o “bárbaros y guerreros”; por el contrario, eran conflictos con “agricultores avanzados de pura cepa mesoamericana” (p. 39). El ejemplo de la Nueva Galicia confirma esta traumática transición, donde la conquista dio lugar al sistemático reparto de encomiendas por parte de Nuño de Guzmán al grado de contabilizarse 180 pueblos sujetos a distintos encomenderos entre 1529 y 1536; al lado de esta práctica, la baja poblacional y la recurrente captura de indios “de guerra” (incluso entre pueblos bajo encomienda) terminarían por orillar al abandono de amplias zonas de la Nueva Galicia y al surgimiento de la espiral de violencia que caracterizaron las relaciones entre indios y españoles en la frontera novogalaica.

En este punto Salvador Álvarez es contundente al señalar para esta zona “la ausencia de estructuras sociales preexistentes

capaces de generar movimientos estables de tributación en productos y mano de obra” (p. 59), lo que hizo intolerables las exigencias de la dominación española durante la larga transición del siglo xvi. Si bien se puede hablar de “señores” o “principales” en el centro de la Nueva Galicia, indica el autor, ello no permite tener una idea del alcance real de tales jurisdicciones si es que existían; pero sobre todo, estas alusiones de ninguna manera justifican la pretensión de quienes han querido ver una gran confederación chimalhuacana dominando esta zona. Al respecto, es bienvenida la reconstrucción historiográfica que Álvarez realiza para desechar este mito, aunque por otra parte hubiera sido deseable que el autor discutiera con mayor detalle sus ideas acerca del papel que en esta transición de indios a tributarios cumplió en específico el cacicazgo de Tonalá, acaso una de las unidades territoriales mejor descritas en las fuentes citadas por el propio autor.

Si bien en la zona central de la Nueva Galicia la encomienda fue uno de los mecanismos más efectivos en la imposición del dominio español, en otras áreas del norte novohispano fue la complementariedad de ésta y otras formas de trabajo lo que caracterizó las relaciones entre indios y españoles. El caso de Chiametla, analizado en el capítulo 2 de este libro, añade a este argumento el peso que tuvo la captura de indios para servicios personales. La provincia comenzó una etapa de crecimiento mediante la distribución de encomiendas por el gobernador de la Nueva Vizcaya desde 1562, indica el autor; sin embargo, fue el constante aprovisionamiento de indios de guerra venidos del interior de la Sierra Madre lo que mantenía esta población a flote y lo que eventualmente favorecería la consolidación de las grandes haciendas de minas y de beneficio en esta zona entre 1570 y finales del siglo xvi, cuando esta zona quedaría despoblada.

Los siguientes tres capítulos ponen a prueba, en diferentes escenarios del norte de la Nueva España, una de las tesis com-

partidas por largo tiempo por Álvarez y Chantal Cramaussel. A saber, que para las sociedades coloniales norteñas, caracterizadas por sus cortas dimensiones y procesos de inmigración muy lenta, “la permanencia en el tiempo dependió siempre de su capacidad de atraer y fijar en su interior nuevos grupos de inmigrantes”, proceso en el que era crucial la “atracción y fijación” de indígenas comarcanos; por este motivo, el repartimiento y la encomienda de indios, así como las capturas y traslado forzoso de población por medio de la guerra, siguieron existiendo por siglos en el norte novohispano (pp. 23-27). Justo es mencionar en este punto que la discusión planteada por Álvarez para explicar estos mecanismos de “atracción” y “fijación” de pobladores indígenas en asentamientos españoles (misiones, ranchos, haciendas, pueblos, presidios o reales mineros) constituye uno de los nuevos retos de la historiografía actual sobre el norte novohispano, tendencia que sin duda debe mucho al impulso de Álvarez y Cramaussel.

Esta dinámica dual de poblamiento no ocurre de manera homogénea en el norte novohispano, demuestra Álvarez, debido a las características propias de los grupos indígenas que en diferentes regiones hicieron frente a la expansión española, y debido también a las formas distintas en que los españoles conocieron a dichos habitantes. Aquí el debate dirige en buena medida las batallas hacia el caso zacatecano propuesto por Powell como explicación homogénea para caracterizar al indio norteño y a los problemas del poblamiento español en el septentrión; frente a esta imagen, Álvarez trata de entender las referencias tempranas a los chichimecas sin pensar en términos de una sola unidad geográfica o política de la cual se carecía en los siglos XVI y XVII. “El norte lejano novohispano”, dice el autor, “fue cuna de sociedades sumamente diversas en todos sus rincones” (p. 11). Aquí hay una distinción clara: los chichimecas del siglo XVI identificados por Nuño de Guzmán no son los chichimecas del altiplano

septentrional más “pobres y rústicos”, que “el estereotipo historiográfico contemporáneo ha dado en designar preferentemente por ese apelativo genérico *chichimecas*” (p. 12).

Así por ejemplo, en el caso de los tepehuanes (cap. 3) el autor encuentra que las primeras alusiones a dicho grupo, así como el gentilicio respectivo empleado por los españoles, partía no de criterios lingüísticos o étnicos, sino de una clasificación geográfica nacida de algunas ideas preconcebidas acerca del carácter indómito de los pobladores de la sierra. Más allá de las convenciones cartográficas que presentaban a los tepehuanes como “la gente malvada de la montaña”, Álvarez demuestra que estos grupos indígenas en realidad fueron un elemento central en la consolidación del poblamiento español en la Nueva Vizcaya, pues son parte de la razón por la cual asentamientos como Durango, Nombre de Dios o Indé, lograron prevalecer a lo largo del tiempo contando con núcleos importantes de tepehuanes, llegados sobre todo por la vía de la encomienda. No se trataba de una radical transformación de antropófagos en tributarios, explica Álvarez en este punto, sino del hecho de que en realidad los tepehuanes históricos no eran los salvajes que las primeras descripciones habían establecido.

Reflexiones semejantes se aplican para el caso de los zacatecos (cap. 4) y los tobosos (cap. 5). En su análisis sobre estos últimos grupos, Álvarez de nuevo pone en entredicho las ideas que han delineado lo que sabemos acerca de los indios del norte por la vía de la interpretación arqueológica y etnográfica; ya no basta, señala el autor, con aventurar vagas conjeturas basadas en lecturas selectivas de un solo tipo de fuentes documentales en el afán de reconstruir parentescos y territorios tribales, como se ha hecho con los tobosos que, según se había dicho, aparecían y desaparecían de la escena colonial refugiándose en el norte del Bolsón de Mapimi, aumentando dramáticamente su número y cobertura geográfica en el siglo XVII, perdiéndose definitiva-

mente su rastro a principios del siglo XVIII. Los tobosos, explica Álvarez, en realidad no entraban y salían de la sociedad colonial como se había pensado, pues “siempre estuvieron allí” (p. 179), tampoco se multiplicaron vertiginosamente ni vivieron una situación inalterada bajo la dominación española. Al igual que en los ejemplos anteriores, Álvarez demuestra con claridad que estos grupos no iniciaron sus relaciones con los españoles en calidad de enemigos mortales, pues los encuentra entre los primeros grupos de indios de encomienda a principios del siglo XVII en el valle de San Bartolomé, donde coexistieron con grupos de conchos e indios del altiplano central. A partir de esas fechas, las fuentes sobre encomiendas y congregaciones de indios muestran de manera consistente la presencia de los tobosos, junto con los conchos, entre las poblaciones asentadas en las márgenes del río Conchos, lo que demuestra que se trataba de agricultores incorporados rápidamente al poblamiento hispano en dicha zona. Sólo en el transcurso de la segunda mitad del siglo XVII, conforme la presión sobre esta población aumentó y las huidas y alzamientos de los tobosos comenzaron a ser más frecuentes, el término toboso experimentaría una transformación semántica semejante a la ocurrida con el apache del siglo XVIII. En este sentido, Álvarez es enfático al señalar que la evolución de este término al finalizar el siglo XVII reflejaba “una definición política del enemigo”, la cual se había extendido más allá del toboso histórico para convertirse en un “apelativo genérico del indio de guerra” en una vasta zona de la Nueva Vizcaya (pp. 210-213).

Cierran esta obra dos capítulos dedicados a la forma en que los indios del norte se relacionaron con dos de las instituciones señeras del poblamiento español: la misión y el pueblo de indios. En el primer caso (cap. 6), se argumenta que lejos de constituir un punto de avanzada aislado que antecede a la expansión del poblamiento español, la misión en realidad sucedía tanto geográfica como temporalmente a los progresos de la coloniza-

ción secular o “civil”. En el caso de las misiones entre conchos y tarahumaras, la misión habría cumplido la función de congregar indios que de forma simultánea entrarían al servicio de los encomenderos locales para sostener el poblamiento agrícola de amplias zonas de la Nueva Vizcaya, como habría ocurrido en el valle de San Bartolomé o en el área entre Parral y Sonora (pp. 220-225). Sin duda, este modelo explicativo tiene sentido en los casos planteados por el autor para las dos regiones analizadas, donde el poblamiento ranchero se impone como articulador de extensos territorios; no obstante, existen motivos para pensar que el vínculo entre misión, encomienda y congregación de indios no habría operado con la misma intensidad y ritmos en otras zonas y épocas, dado que en otros conjuntos, como la Pimería Alta en el siglo XVIII, la misión no actuaba sobre todo como abastecedora de mano de obra para explotaciones agrícolas inmediatas, pues tanto la función defensiva (desde el punto de vista hispano) como los patrones migratorios estacionales indígenas eran elementos prioritarios en el poblamiento de esta zona. Con todo, la propuesta de Álvarez cobra vigencia como un referente bien estructurado que debe ser tenido en cuenta para trazar comparaciones con otras áreas de poblamiento misional.

Finalmente, las últimas reflexiones del libro vuelven sobre la tesis de la precariedad de las estructuras políticas de los grupos indígenas del norte novohispano al explicar la lentitud con que se desarrolló la conformación de los pueblos de indios a la usanza del centro de la Nueva España.

En todo momento, la lectura de este texto se saborea de manera especial gracias a la serie de mapas que el propio autor ha elaborado para representar gráficamente los procesos de expansión y contracción de las fronteras y zonas de poblamiento que aquí le han ocupado. Es una pena que la casa editorial que publicó este libro no cuidara el trabajo de edición y corrección de

estilo como el texto lo merecía, al dejar pasar un número importante de errores tipográficos y algunas referencias a pie de página que sólo tenían sentido en la publicación original de un par de capítulos, pero son éstas consideraciones menores que no afectan el mérito académico de la obra.

Así pues, debe celebrarse el hecho de contar con esta obra de síntesis que permite, por vez primera, reconstruir los pasos de una amplia trayectoria dedicada a mostrar la racionalidad de la confrontación en la frontera, las continuidades y rupturas de sociedades agrícolas que recién comenzamos a descubrir, y la complejidad de los hechos de poblamiento que nutrieron la historia del norte novohispano.

José Refugio de la Torre Curiel

Universidad de Guadalajara

El Colegio de Jalisco

JEAN-PIERRE BERTHE y PIERRE RAGON (eds.), *Penser l'Amérique au temps de la domination espagnole. Espace, temps et société, XVI-XVIII siècles. Hommages à Carmen Val Julián*, París, L'Harmattan, 2010, 310 pp. ISBN 978-2-296-56185-4

Pensar América bajo la dominación española es una compilación de artículos escritos a la memoria de Carmen Val Julián, especialista de México cuya obra se enfocó, entre otros aspectos, en la cuestión de la memoria en la construcción de los imaginarios nacionales, no sólo gracias al análisis de textos históricos y literarios, sino también de representaciones iconográficas y de tradiciones como las danzas indígenas. El libro se centra en especial en el legado histórico de la investigadora, dado que otro volumen rinde homenaje a su producción en